

Libros de **Cátedra**

Autobiografía, historia y memoria

Historias de vida como recursos en la enseñanza de la Historia Moderna

Juan Bubello, María Inés Carzolio
y Osvaldo Víctor Pereyra (coordinadores)

FACULTAD DE
HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

S
sociales

**Eduulp**
EDITORIAL DE LA UNLP



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

AUTOBIOGRAFÍA, HISTORIA Y MEMORIA

HISTORIAS DE VIDA COMO RECURSOS EN LA ENSEÑANZA
DE LA HISTORIA MODERNA

Juan Bubello
María Inés Carzolio
Osvaldo Víctor Pereyra
(coordinadores)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación



Agradecimientos

Los autores participantes en este libro, que integran en su mayoría la Cátedra de Historia General IV *-Historia Moderna de Europa-* de la FaHCE-UNLP, queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento a Emir Reitano (UNLP), titular de la Cátedra de Historia Americana I *-Historia Americana Colonial-*, a Facundo Sebastián Macias (UBA) y a Nahuel Vassallo (UNICEN) su acompañamiento y participación en el proyecto editorial. A Sebastián Sisto (UNLP) quien participó y ofició de secretario de redacción del presente volumen. Al mismo tiempo, queremos agradecer a la Edulp -Editorial de la Universidad Nacional de La Plata- la posibilidad de poner a disposición de los alumnos de grado de la carrera de Historia que cursan dichas asignaturas un material que consideramos ordenador y particularmente didáctico para el dictado de nuestras materias y de las problemáticas en común -a ambos lados del Atlántico- que abordamos.

Índice

Prólogo

Saber autobiográfico y espacio Atlántico. Un desafío para la historia Americana y Europea _____	6
<i>Emir Reitano</i>	

Introducción

Estudio Introductorio: Autobiografía, Historia y Memoria _____	12
<i>Juan Bubello, María Inés Carzolio y Osvaldo Víctor Pereyra</i>	

Capítulo 1

Vida. Autobiografía de Diego de Torres Villarroel _____	24
<i>María Inés Carzolio</i>	

Capítulo 2

Representaciones astrológicas en la autobiografía “Liber de libris propriis” de Girolamo Cardano (1501-1576) _____	56
<i>Juan Bubello</i>	

Capítulo 3

Las autobiografías espirituales en el mundo católico postridentino: mujeres, religiosidad y discursos en disputa _____	68
<i>Lucía Uncal</i>	

Capítulo 4

El Conde de Clarendon y el siglo XVII británico. Un breve análisis de sus redes y actuación durante el reinado de Carlos I (1625-1649) _____	94
<i>Sebastián Sisto</i>	

Capítulo 5

“...Hombre que no era ni lo uno ni lo otro...” Eleno de Céspedes: cuerpo, identidad y performatividad en el siglo XVI _____	118
<i>Jonatan Gastón García</i>	

Capítulo 6

Una narración autobiográfica entre ángeles, demonios y uniones divinales: Teresa de Ávila y la búsqueda de auto legitimación en su Libro de la Vida (1565) _____ 153
Facundo Sebastián Macías

Capítulo 7

La construcción histórica de la diplomacia: Don Francisco de Melo y Castro un articulador territorial al servicio de la Monarquía Imperial 1597-1651 _____ 178
Nahuel Cavagnaro

Capítulo 8

La acción misional en primera persona: memorias sobre el río de la Plata en las obras de dos jesuitas expulsos _____ 195
Nahuel Vassallo

Los autores _____ 218

CAPÍTULO 8

La acción misional en primera persona: memorias sobre el río de la Plata en las obras de dos jesuitas expulsos

Nahuel Vassallo

Introducción

La evangelización de las poblaciones nativas de América, y la educación cristiana de los pobladores españoles del *Nuevo Mundo*, constituyeron una preocupación central para la monarquía española en América. La Compañía de Jesús, orden religiosa formada y consolidada al calor de la conquista y la expansión de la cristiandad, cumplió un rol central en este proceso, que dio lugar a una producción documental muy vasta.

Los primeros sacerdotes jesuitas que llegaron a los territorios americanos en 1568 se establecieron en la capital administrativa del Virreinato del Perú, la ciudad de los Reyes de Lima, fundada en 1535. Dos años después llegaron a México, en el Virreinato de Nueva España. El establecimiento de estos religiosos en la sede virreinal, cuando no habían pasado tres décadas de la fundación oficial de la orden (1540), y a casi diez años de la redacción definitiva de sus constituciones (1558), muestran la vocación universal de la Compañía de Jesús, y de su proceso de formación y consolidación, contemporáneo a la evangelización de América y la expansión de la cristiandad por el globo. Pero, además, el arribo a América transformó a la Compañía, que había sido pensada por su fundador Ignacio de Loyola como una orden orientada a la educación, para convertirla en una orden signada por la misión (Maldavsky, 2012).¹⁹⁶

¹⁹⁶ La Compañía de Jesús –Societatis IESU– es una Orden religiosa mendicante con pretensión de autarquía y de inspiración militar. Regida por las Constituciones o Reglas de la Compañía de Jesús, así como por la Fórmula del Instituto, es una Orden con una férrea estructura corporativa de carácter verticalista. Fue fundada por Ignacio de Loyola (beatificado en 1609), y aprobada formalmente por el Papa Paulo III en 1540. Su organización se encuentra encabezada por un Prepósito General (Ignacio fue el primero), que es la autoridad máxima de la misma, cuyo cargo fue vitalicio hasta 1960. El General, con asiento en Roma, en el Colegio Máximo, se encontraba asistido por un consultor de juicio, conocido también como Secretario, que es una figura central en el proceso de toma de decisiones como el nombramiento de los Padres Provinciales. Estos se encontraban a cargo de las Provincias: divisiones territoriales dentro de la geografía política, en este caso hispana, que tenían como finalidad promover la cristianización de los indígenas, así como cumplir diversas actividades pastorales. A su vez cada Padre Provincial contaba con Co Adjutor profeso (Secretario o Consejero). Los Padres Provinciales debían administrar las instituciones que permitían la expansión de la fe, así como el sostenimiento de las labores misionales. De este modo se encontraba capacitado para nombrar a las personas a cargo de Colegios, Casas Profesas, Haciendas, Boticas y Misiones. Una estructura vertical que se sostenía por medio del alcance

En buena medida, los primeros autores de la historia de la orden en América y de su acción misional global fueron los propios jesuitas. La escritura se constituyó en una actividad fundamental de los sacerdotes, y esto se explica por medio de varios aspectos. En términos generales, se conformó una dimensión escrita de la misión (que no fue exclusiva de los jesuitas, sino que atañía a todas las órdenes) en el marco de la cultura intelectual de los religiosos. El vínculo estrecho entre misión y escritura, en este sentido, remarcaba el rol de los clérigos en la configuración de los imperios ibéricos ya que, junto con la labor específica de la evangelización, se constituyeron en lo que Federico Palomo denominó “expertos” del imperio, articuladores de proyectos político-religiosos con saberes propios y dinámicas locales, característicos de las experiencias imperiales de la temprana modernidad (Palomo, 2014, p. 12).

En lo que atañe específicamente a los ignacianos, la escritura fue nodal en el desarrollo de la acción misional. El análisis de la producción escrita de los sacerdotes jesuitas reviste complejidades y diferencias marcadas, signadas por los fines que persiguió.

En primer lugar, se destacó una producción escrita que atendía al funcionamiento interno de la orden, en la que predominaban las cartas, cuya finalidad era aceitar el funcionamiento de la corporación religiosa, a la vez que se sostenía un flujo de información constante hacia el Prepósito General. Las cartas operaron como “remedio para el mal de ausencia” y, al mismo tiempo, fortalecieron la obediencia y los lazos internos de la orden durante casi tres siglos (Morales, 2011). El papel de la producción escrita, por lo tanto, dio lugar a un proceso de normalización y control, con varios objetivos: por un lado, uniformizar el estilo; por otro, evitar cualquier “fuga” de información, para impedir que circulara por fuera de los circuitos institucionales internos.

En segundo lugar, tuvo lugar un proceso de selección y depuración de las cartas de los jesuitas, que eran enviadas a imprenta y que podían servir tanto de material de lectura en las residencias, como también de propaganda de la acción misional de la Compañía (Perrone, 2016, pp. 152-153). Se trata, en este último caso, de una operación historiográfica, en la que los historiadores institucionales escribían en relación con los problemas de su tiempo y las necesidades de la orden, compuesta por un amplio repertorio de escritos producidos por los miembros de la orden, cuya finalidad era dar cuenta de la relevancia de la acción misional (y de la Compañía), como así también, fomentar nuevas vocaciones en Europa y acrecentar los miembros de la orden (Morales, 2011, p. 46).

En este marco, el registro biográfico tuvo un papel fundamental en, por lo menos, dos aspectos. Por una parte, las biografías sobre los misioneros americanos (que dieron lugar a diferentes formatos, desde las cartas dirigidas a los Generales de la Compañía y los apartados más o me-

–lo que podemos hoy denominar superávit– logrado tanto por la producción de las Haciendas, así como las donaciones recibidas en los Colegios, Casas y templos. Las misiones por su parte, luego de ser fundadas, debían de alcanzar aquel ideal autárquico. Toda esta estructura se comunicaba entre sí por medio de un flujo notable de información escrita que debía de registrar todos los sucesos acaecidos durante el desarrollo de la labor apostólica (Mörner, 1968).

nos extensos en las cartas anuas, hasta la constitución de obras individuales propiamente dichas) fue una de las primeras formas que adquirió la escritura de la historia de la Compañía, por medio del recurso a la personalidad y la obra de los *varones ilustres* que le dieron cuerpo a la Compañía en América. Por otra parte, las biografías (inicialmente, bajo la forma de hagiografías, martirologios, menologios y *vidas ilustres*) también fueron parte de la escritura edificante, abocada a generar nuevas vocaciones misionales en Europa (Page, 2011, p. 15).

El registro autobiográfico, por su parte, estuvo asociado con mayor nitidez a la escritura de los expulsos. Si bien la escritura biográfica tuvo un profuso desarrollo entre los ignacianos después del extrañamiento, las memorias¹⁹⁷ de los jesuitas se constituyeron en fuentes indispensables, no sólo para el estudio del proceso de expulsión, sino también para el abordaje de la acción misional en la provincia del Paraguay¹⁹⁸, en particular, durante el siglo XVIII.

Dentro de la historiografía especializada sobre la Compañía de Jesús, la expulsión de la orden de los territorios de las coronas de Portugal (1759), Francia (1762) y España (1767), así como la posterior supresión de la orden (1773), se ha constituido en una rama específica.¹⁹⁹ En este marco, como señalamos, fueron los propios protagonistas del proceso, los jesuitas expulsos, quienes contribuyeron de manera decisiva a guardar la memoria -personal e institucional- de los acontecimientos, por medio de sus escritos (Perrone, 2016, p. 151).

Leídas con una perspectiva autobiográfica, estas obras nos permiten indagar en nuevas claves analíticas sobre la acción misional jesuita en el río de la Plata. Particularmente, en los casos que presentamos en este capítulo, nos muestran la diversidad de trayectorias individuales en el cuerpo jesuítico, a través de dos sacerdotes: Thomas Falkner y Florian Paucke.

La trayectoria recorrida por estos misioneros durante los años que formaron parte de la antigua provincia del Paraguay muestra que sólo compartieron dos experiencias vinculadas entre sí: la fundación de reducciones en los procesos misionales más tardíos de la provincia -entre los mocovíes del chaco en el caso de Paucke, entre los serranos de las pampas en el caso de Falkner-, y la expulsión. Sin embargo, como señalamos, se trató de experiencias emparentadas, pero no compartidas por estos sacerdotes, que se encontraban en diferentes espacios al momento de efectivizarse el extrañamiento, y tampoco compartieron el viaje de retorno a Europa.

Asimismo, recuperamos el contenido de estos textos en tanto, a diferencia de otras obras jesuíticas elaboradas como historias de la orden en el Paraguay, y a tono con los escritos que fueron resultado del exilio, recuperan la experiencia vivida, la memoria personal, para construir

¹⁹⁷ Siguiendo a Durán López (2002, p. 155), utilizamos aquí los términos memoria y autobiografía como sinónimos.

¹⁹⁸ En 1604 se conformó la provincia jesuítica del Paraguay (que no debe confundirse con la gobernación del Paraguay, con sede en Asunción), con cabeza en la ciudad de Córdoba en la gobernación del Tucumán, bajo cuya jurisdicción se hallaban todos los territorios de la actual Argentina, Uruguay y Paraguay, el actual estado de Río Grande do Sul en Brasil, el sur de Bolivia y Chile (aunque cerca de la mitad de este espacio no estaba ocupados por ciudades de fundación europea). En 1625, el territorio de la Audiencia de Chile fue separado de la provincia paraguaya, y erigido como viceprovincia dependiente de la provincia jesuítica del Perú (Mörner, 1968).

¹⁹⁹ Pragmática.

relatos sobre la acción misional, el territorio, y la obra de la Compañía. Además, el contenido de estas obras nos permite indagar a partir del registro autobiográfico, modelado bajo la forma de memorias con distintas mediaciones editoriales, la experiencia significativa y significativa de dos individuos concretos que, por momentos, escapan a los caracteres que *a priori* podríamos asignar a la escritura misional, reparando en otros énfasis y en informaciones de interés geopolítico. Finalmente, los fragmentos que hemos seleccionado nos permiten aproximarnos al Buenos Aires de mediados del siglo XVIII, tanto desde las características urbanas como desde su posición estratégica para la monarquía española.

El marco de la expulsión trazó un contexto de significados comunes para estas memorias -o a los trazos autobiográficos de las crónicas escritas en el destierro-, signado por los procesos y modelos de construcción de las identidades de los autores, que dan cuenta del significado histórico del género autobiográfico (Durán López, 2002, p. 173). Pero, por otro lado, las obras que hemos escogido se diferencian significativamente, dando cuenta de la riqueza de estas fuentes. Las memorias de Paucke, están atravesadas por elementos comunes con otros escritos del exilio: la extensión, la defensa de la Compañía y las virtudes de los misioneros, y la relevancia de la misión en el proyecto civilizatorio (Rosso y Cargnel, 2012, p. 77). La Descripción de Falkner, en cambio, es un texto breve, que carece de contenido apologético, al punto de obviar el proceso reduccional del que participó el autor (Justo, 2015, p. 237).

De esta manera, los fragmentos que hemos seleccionado para este capítulo contienen tanto elementos característicos de la producción escrita de los jesuitas de la época, como informaciones específicas producto de la experiencia misional de cada sujeto -la impresión de la huella de su memoria autobiográfica- y condicionantes del proceso de publicación.

Sobre el primer elemento, remitimos a la composición de las obras y a una forma de construcción del conocimiento que remite a la importancia del marco geográfico, el territorio y la población, como información necesaria y fundamental en los escritos de los misioneros a lo largo de la modernidad, y especial desde el siglo XVII. Era necesario incluir observaciones sobre la naturaleza y las costumbres de los pueblos visitados (Justo, 2015, p. 245).

En segundo lugar, la marca indeleble de las trayectorias individuales de los misioneros. En este sentido, la marca individual es importante por dos aspectos. Por una parte, porque si bien ninguno de ellos transitó las experiencias que describen en soledad (dado que siempre se encontraron en compañía de otros -jesuitas, nativos, españoles), remiten a experiencias individuales que las trazas de la memoria y los escasos apuntes de los que pudieron disponer ayudaron a reconstruir²⁰⁰. Por otra parte, porque en general la historiografía ha puesto el énfasis en la dinámica corporativa característica de la orden, mientras que estos fragmentos -y las obras de

²⁰⁰ El caudal informativo y los detalles de las obras dan cuenta de que, a pesar de señalar la confiscación de sus libros y parte de sus pertenencias al momento de la expulsión, ambos contaban con anotaciones propias que les permitieron elaborar sendos trabajos (Zanetti, 2013).

las que forman parte- remiten a trayectorias particulares que, como hemos señalado, nunca compartieron espacio en el marco de la provincia del Paraguay. De hecho, tampoco hay referencias mutuas en sus escritos, como sí ocurre con otros jesuitas.

Finalmente, la expulsión tuvo resultados diversos que marcan también sus obras como producciones específicas, con una mayor asociación a la producción de los jesuitas expulsos en general, en el caso de Paucke, y la elaboración de una obra que se inserta sensiblemente en la dinámica política atlántica, en el caso de Falkner.

Thomas Falkner: de Manchester a la Patagonia

Entre 1713 y 1715, la firma de los tratados que dieron forma a la Paz de Utrecht le puso punto final a la guerra de sucesión española. La historia del siglo XVIII en el mundo atlántico dio cuenta de la multiplicidad de derivaciones que tuvo la paz para la monarquía española y sus posesiones americanas, sobre todo, en sus relaciones con la potencia emergente, Gran Bretaña. La paz anglo-española implicó la concesión del Asiento de negros a favor de los británicos. En el río de la Plata, esto significó el reemplazo de la Compañía de Guinea por la instalación de la *South Sea Company*, que recibió el monopolio del tráfico de esclavizados y concedió a Buenos Aires la calidad de puerto habilitado para el comercio (González Mezquita, 2015, p. 110).

Este fue el marco que posibilitó la llegada de Thomas Falkner (1707-1784) a Buenos Aires. Hijo de un médico y botánico calvinista de Manchester, realizó sus estudios en física y matemática en Londres con Isaac Newton, y en anatomía con Richard Mead. En 1730, la *South Sea Company* lo contrató como médico cirujano del Asiento porteño, al tiempo que la *Royal Society* lo envió al río de la Plata para estudiar las propiedades medicinales de plantas y aguas de la región (Furlong, 1920, p. 5; O'Neill y Domínguez, 2001, p. 1374).

La *South Sea Company* representa una clave importante para comprender este nudo en la vida de Falkner. Por un lado, porque fue por este medio que, como señalamos, Falkner llegó a Buenos Aires. Por otro lado, porque los jesuitas del colegio de Buenos Aires desarrollaban activamente su acción misional en el asiento británico, sobre todo en relación con los esclavizados, pero también con los ingleses. Guillermo Furlong, haciendo uso característico de su tono apolo-gético sobre la obra ignaciana, relata que:

A poco de llegar a Buenos Aires, adoleció Falkner de una grave enfermedad. [...] sólo sabemos que un alma caritativa, un sacerdote abnegado, el P. Sebastián de San Martín, asistió al enfermo, proporcionóle (*sic*) las medicinas y los cuidados que requería su delicada salud, y en retorno de sus caritativos desvelos conquistóse (*sic*) la voluntad y el corazón del paciente (Furlong, 1920, pp. 6-7)

En 1732, Falkner ingresó a la Compañía de Jesús, en el Colegio Máximo de Córdoba.

La obra que seleccionamos aquí, *Descripción de la Patagonia*,²⁰¹ vio la luz en 1774, cuando el contexto era completamente distinto. La Real Pragmática de expulsión de los regulares ignacianos de los territorios del rey de España, sancionada en 1767, llegó a la antigua provincia del Paraguay cuando Falkner se encontraba en el Colegio Máximo de Córdoba. De esta manera, su publicación se concretó en el destierro, mientras el sacerdote jesuita vivía con la familia Berkeley, cerca de Worcester, Inglaterra (Furlong, 1920, p. 18)²⁰². Además, responde a intereses distintos a las memorias de Paucke, y así lo expresa su editor y autor del prefacio, William Combe, que afirmaba que:

El establecimiento de una colonia inglesa en las islas Malvinas [entre 1766 y 1774] según dicen, se debe a la opinión del finado Lord Anson, quien consideraba que se propendería a la extensión del comercio y del imperio marítimo de la Gran Bretaña si esta se hacía de un buen puerto para los barcos ingleses en los mares australes de América (Combe, 2008 [1774], p. 21).

A continuación, Combe argumentaba que las consideraciones de Anson lo habían inducido a considerar que cualquier información o crónica que abordase la geografía, los habitantes y demás detalles de la región patagónica resultaría de “utilidad pública”. Como estaba informado sobre la presencia de Falkner en Inglaterra, y que éste

(...) había vivido unos cuarenta años en América del Sur, y realizado estudios topográficos y cartográficos de aquella región, conseguí que me proporcionase un mapa que fuese el resultado de sus observaciones personales, y de lo que pudiera haber averiguado de boca de otros; a éste agregó una descripción de todo el país y de los indios que lo poblaron (Combe, 2008 [1774], p. 21).

Sin embargo, el interés de Combe no concluía allí, ya que consideraba que antes que el sostenimiento de un conflicto bélico, los intereses comunes de ingleses y españoles eran lo bastante importantes como para instar a una alianza:

(...) no hay otras dos naciones a quienes una perpetua alianza aportaría mayores ni más duraderas ventajas. El comercio es un objetivo al que las potencias europeas prestan una atención preferente y que debería considerarse como el lazo principal que debiera unir a ingleses y españoles... (Combe, 1774 [2008], pp. 23-24).

²⁰¹ A Description of Patagonia and the adjoining parts of South America: containing an account of the Soil, Produce, Animals, Vales, Mountains, Rivers, Lakes of those countries; the Religion, Government, Policy, customs, Dress, Arms, and language of the Indian inhabitants; and some particulars relating to Falknlan’s Islands, Hereford, 1774.

²⁰² La Compañía no fue disuelta en Inglaterra, por lo que Falkner pudo vivir desde 1773 hasta su muerte, en la residencia para jesuitas retirados de Plowden Hall, Inglaterra (Justo, 2015, p. 239).

La publicación de la *Descripción de la Patagonia*, acompañada de un mapa elaborado por el cartógrafo del rey de Inglaterra, Thomas Kitchin²⁰³, generó gran preocupación en la corte de Carlos III. Era un contexto complejo, en el que se articulaban las derivaciones de la guerra de los Siete Años y el tercer pacto de familia entre el rey de España y Luis XV de Francia. A poco de su publicación, el Secretario del Consejo de Hacienda, Tomás Machón, tradujo la obra al español con la siguiente advertencia:

(...) me considero obligado á ofrecerle esta traducción por lo que pueda interesarle, él no ignorarse los medios y facilidades con que Falkner combida á los ingleses para hacer algunos establecimientos en àquella gran parte del continente meridional [...] dandoles ádemas noticia de los Puertos del Río de la Plata, y fortificaciones de Montevideo y Buenos Ayres...²⁰⁴

El interés por la obra trascendió la corte española, ya que la obra se tradujo rápidamente al francés y al alemán (Justo, 2015, p. 239).

El contenido de la obra ha llamado la atención de los investigadores, no sólo por el caudal informativo que contiene (que permite analizar una multiplicidad de problemáticas del periodo, desde el conocimiento científico-natural hasta la organización política de los nativos pampeano-patagónicos), sino por aquello que omite²⁰⁵. Falkner fue cofundador, junto al padre Joseph Cardiel, de la segunda reducción que los sacerdotes jesuitas fundaron en la frontera sur de Buenos Aires, en 1747, denominada “Nuestra Señora del Pilar de los Serranos”, en las inmediaciones de la actual Laguna de los Padres (Vassallo, 2018). Sin embargo, su obra no contiene información de esta misión, abandonada en 1750, sino que remite, cuando refiere al territorio pampeano-patagónico, a dos momentos concretos: el periodo previo a la fundación de la primera misión de pampas, fundada en 1740; y los reiterados recorridos que hizo por la región desde 1746, cuando comenzó a perfilarse la reducción del Pilar, hasta su abandono en 1750. El más extenso, según Furlong (1920, pp. 14-15), lo desarrolló durante más de ocho meses en el año 1748.

²⁰³ A New Map of the Southern Parts of America taken from manuscript maps made in the Country and a Survey of the Eastern Coast made by order of the King of Spain, London, Engraved by Tho.^s Kitchin Hydrographer to His Majesty, 1772, elaborado en base al mapa y la información brindada por la descripción de Falkner (Furlong, 1936, p. 38).

²⁰⁴ Descripción de Patagonia, Escrita en idioma inglés por Don Thomas Falkner que residió cerca de cuarenta años en aquellas partes, Biblioteca Nacional de España, Mss., 1616.

²⁰⁵ “Fue durante su estadía en Spetchley que Falkner puso por escrito sus recuerdos, ordenó sus apuntes y notas sobre nuestro país y los entregó a William Combe para que los ordenara y dispusiera para la prensa.” (Furlong, 1920, p. 21).

Florian Paucke: de Austria al Chaco

El arribo de Florian Paucke (1719-1779) a Buenos Aires estuvo signado por otras dificultades. A diferencia de Falkner, que llegó al puerto siendo laico, Paucke ya era sacerdote jesuita -recientemente ordenado- cuando se embarcó en el puerto de Livorno, para realizar un complicado itinerario hacia el océano Atlántico (Paucke, 2010, p. 13). El marco de la guerra con Inglaterra²⁰⁶ obligó a la misión de jesuitas organizada por el Padre Procurador del Paraguay, Ladislao Orosz, a partir desde el puerto de Lisboa en un navío de bandera portuguesa, en 1748, para evitar ser apresados por los navíos de la armada británica.

Inspirado por las noticias que los jesuitas del Paraguay enviaban al viejo mundo, Paucke manifestó tempranamente su deseo de desempeñarse como misionero. Oriundo de Wroclaw, en el Ducado de Silesia, por entonces perteneciente a la corona austríaca y actualmente parte de Polonia, Paucke ingresó a la Compañía de Jesús en Praga en 1736, y arribó a Buenos Aires el 1 de enero de 1749 (O'Neill y Domínguez, 2001).

Las memorias de Paucke, tituladas en español "Hacia allá y para acá"²⁰⁷, se centran en su labor misional, y articulan su relato con la añoranza de los años en los que desempeñó dicha labor (Rosso y Cargnel, 2012, p. 67)²⁰⁸. Tras la expulsión, el jesuita se radicó en el convento cisterciense de Zwettl (Austria), cuyas autoridades le pidieron que escribiera la obra. La primera edición completa de las memorias se publicó en Argentina, entre 1942 y 1944, a partir de la traducción de Edmund Wernicke, acompañada de las 104 ilustraciones (acuarelas) hechas por Paucke (Zanetti, 2013, p. 179), que han tenido una gran trascendencia en el conocimiento general sobre el accionar jesuítico en el río de la Plata.

Una parte mayoritaria de las memorias de Paucke están dedicadas a su labor como misionero entre los mocovíes, en la frontera santafesina del chaco. Una vez arribado al río de la Plata, Paucke se trasladó junto a otros misioneros al Colegio Máximo de Córdoba, y luego fue destinado a la misión de San Javier, que había sido fundada en 1743. En 1765 fue parte de la fundación de una nueva reducción de indios mocovíes, denominada San Pedro, en la que permaneció hasta la expulsión (Rosso y Cargnel, 2012, p. 68).

Hacia allá y para acá se inscribe con mayor nitidez en la producción jesuítica del exilio, fundamentalmente, porque recoge las memorias del jesuita expulso desde su salida de Europa como misionero, hasta el extrañamiento. Entre las descripciones detalladas que realizó Paucke, parte constitutiva de estos relatos y a la vez forma de construcción del conocimiento, se detalla el arribo a Buenos Aires de la misión encabezada por Orosz el 1 de enero de 1749. Allí, se presenta una muy rica descripción de la ciudad, la sociedad y sociabilidad de la época, y la

²⁰⁶ Guerra de la Oreja de Jenkins y Guerra de sucesión austríaca.

²⁰⁷ Hin und Her es el título en el idioma original, Zwettl, 1780.

²⁰⁸ "Aunque no hay citas, en el sentido formal, es indudable que Paucke conoció la obra de Lozano, ya que hay párrafos textuales de su obra incorporados en *Hacia allá y para acá*." (Rosso y Cargnel, 2012, p. 67).

importancia de la Compañía en ese entramado social, en un momento que, visto retrospectivamente, funciona como parteaguas en la historia porteña del siglo XVIII, con vistas a la expansión económica, comercial y demográfica que atravesará en las décadas siguientes.

Florian Paucke (1780). Hacia allá y para acá (selección)²⁰⁹

Habíamos pasado el 30 de *diciembre* en la Colonia del Sacramento, el 31 esperábamos con seguridad una barca o bote desde Buenos Aires en que debíamos de cruzar desde la Colonia hacia dicha ciudad el río de la Plata que tiene nueve a diez millas de ancho. Ha de saberse que Buenos Aires está situada en la banda *paraquariense* y la Colonia en la *brasiana* está casi en paralelo y que en los días claros se puede ver desde una pequeña colina la margen de la Colonia y hasta la misma ciudad como yo mismo he visto.

El primer día de enero de 1749 bien temprano arribó la *barca* cerca del peñón o sea de la isla llamada San Gabriel. Todo fue preparado para el embarque y la partida, la que se hizo temprano a las diez horas de ese día. Veintiséis sacerdotes subieron temprano a esta barca entre las 9 y 10 horas. Nosotros hicimos tremolar la única vela que un fuerte viento sopló hacia adelante y a la tarde en la 4a hora nos hizo atracar felizmente en el puerto marítimo de la ciudad de Buenos Aires.

Junto con el Padre Provincial Manuel Querini y la mayor parte de las personas del Colegio nos esperaron en la orilla de la ciudad muchos cientos de españoles y los más notables de la ciudad. Ellos nos abrazaron a todos nosotros con afectuosa amistad y en su compañía fuimos introducidos por parejas a la ciudad. En todas las iglesias tocaron todas las campanas y nosotros nos encaminamos con regocijo a la iglesia del Colegio donde dimos gracias a Dios por el viaje felizmente terminado y fue cantado musicalmente *el* himno ambrosiano *Te Deum* tras lo cual fuimos al Colegio para ocupar nuestro alojamiento.

El 2 de enero nosotros los misioneros recién llegados fuimos a saludar al Gobernador de la ciudad de Buenos Aires, señor [José de] Andonaegui. Él tuvo un especial placer en vernos; ante todo recibió con notable amabilidad a nosotros, los jesuitas alemanes y mencionó a muchos señores generales alemanes que él había conocido en tiempos de la guerra en el territorio napolitano y con quienes en frecuentes ocasiones había comido y hablado con ellos. Nos despidió con una oferta de su favor y protección.

En los primeros ocho días después de nuestra llegada fuimos obsequiados como huéspedes con la mayor hospitalidad en el Colegio y atendidos especialmente en la mesa. El comedor estaba sembrado por completo en el suelo con hojas de hinojo y flores; sobre las mesas se hallaban

²⁰⁹ La selección corresponde al capítulo VII, intitulado "Partida desde la Colonia, llegada a la ciudad de Buenos Aires y descripción de la misma". Corresponde a las páginas 90-100, de la edición de 2010, realizada por el Ministerio de Innovación y cultura del Gobierno de Santa Fe, sobre la que hemos realizado algunas modificaciones y correcciones.

repartidos confites de azúcar, con otras frutas diversas de árboles y de tierra que hasta en el sitio de cada uno yacían sobre la mesa [frutas] en cantidad como ser: naranjas ácidas y dulces, higos indios y negros, duraznos, melones de agua [sandías] y otras. La cantidad de las comidas que los españoles llaman potajes o como nosotros solemos pronunciar «potaches» [se pronuncia en alemán potajes] no era tan grande como uno u otro pudiera creer sino que habilitó una suficiente sobriedad pero [90] para satisfacer al lector curioso voy a dar una noticia detallada (hasta donde mi fuerza rememorativa aún es capaz).

Los platos son por lo general seis o siete, por raras veces más, pero no se observa el orden de las comidas como en otros países. El uso es allí que todo se sirve por porción a cada uno en pequeñas vasijas. Primero se trae un plato playo con pedazos de pan cortados, bien remojado con sopa de carne de buey, sembrada de rebanadillas de cebollas cocidas; se agrega también ajo, y se derrama por encima grasa caliente pero no de manteca sino [de grasa] de vaca o buey; después sigue una buena media libra de carne de vaca asada generalmente de costillas y agregado a su par un pedazo de chorizo ahumado (que llaman salchicha). La porción era tan grande que si yo por no esperar otra la hubiera consumido entera, no hubiera sido tentado para mayor cantidad. Después de ésta, se sirvieron algunas comidas cocidas, por lo común fueron unas perdices escabechadas que no son iguales a las perdices europeas sino que se parecen a las codornices grandes. A veces seguían gallinas del país cocidas, tras éstas un plato cocido de corderos tiernos o de cabritos. ¿Qué otra cosa? Algo de pastelería y más *¡Risum teneatis amici!* Al final apareció un caldo flaco de vaca. ¿Seguiría a éste pronto la carne de vaca? Como se dijo, así sucedió. La carne de vaca debía cerrar las comidas y ser lo final, pero en compañía de diferentes carnes y condimentos; a este plato los españoles llaman porción por lo que todos los demás platos debían ser llamados *portinculas*, porque únicamente ésta es llamada porción y es en realidad una muy buena porción. Quien en Alemania tuviere ganas de conocer el sabor y la bondad de semejante porción, forme de acuerdo con la siguiente receta a la manera española la siguiente lista de cocina: trate en cuanto pueda establecer ésta conforme a su antojo, pero mediante el cambio de hierbas y raíces que le plazcan. Esta porción es llamada por los españoles olla podrida y los siguientes aditamentos son cocidos junto con la carne de vaca en una olla; en cuanto a carne, la de carnero; un buen pedazo de carne porcina fresca, un chorizo de sangre ahumado que los españoles llaman morcilla; en cuanto a verdura, se pone repollo blanco, raíces de perejil, cabezas enteras de cebollas blancas, algunos dientes de ajo, menta crespita o *meliza* [toronjil] y garbanzos como los llaman los españoles. En indias agregan la raíz que denominan mandioca. Dicen los indios que ésta les fue señalada para su alimento por el santo apóstol Tomás cuando en tiempos pasados predicó entre ellos y les transmitió el santo Evangelio. En Alemania pueden agregarse nabas amarillas o blancas o sea nabos de agua, entonces tendrá —ya que con éstas hay hierba— un gusto a hierba y nabos. [91]

Con referencia a esta olla podrida hay que anotar también que para ella se toma una olla espaciosa en la cual no escasee la correspondiente agua junto con la mezclanza de carne y aditamento verde indicados y si en caso sucediere que el caldo necesario se evaporara, no se eche agua fría en ella sino agua tibia, de otro modo todo resulta desabrido. Los cocineros y

maestros de cocina entendidos no han de negarme la aprobación. Además, hay que observar que después que toda esta confusión de alimentos hirvió bien a medida y no demasiado, se deje la olla bien tapada bajo un calor más suave y se la mantenga rehogada. Pero no se olvide el pertinente condimento, pues es preciso que se halle agregado todo lo que incita al paladar y al olfato, fortalece al estómago y no daña a la salud. ¿Quién me dirá que esta afamada olla podrida no sea un bocadito alimenticio general [y] una substancia que despierta cuerpo y alma? Por lo tanto no se necesita mucha obra milagrosa; esta comida substanciosa por sí sola puede resucitar a un muerto; basta que él tenga poder de consumirla; me remito a una prueba. Pero yo digo que nadie sea chocado por mi exposición, aunque yo la produzca con fundamento chistoso pero puede creerse con toda seriedad, que al que no tiene una natural repulsión a uno u otro aditamento de esta olla podrida, puede ser servida no sólo toda la carne condimentada sino que también la sopa sola puede ser comparada a una substancia de un agrado y fuerza propia. Quien quisiera experimentarlo, que prepare tal tormenta comilona en una olla y dará una favorable bienvenida a la olla podrida española. Se preguntaría ¿entonces en tales mesas no será servida caza del monte: aves, patos y gansos? Y yo contesto que de todos los dichos [platos] se percibe poco o casi nada en una mesa y que los españoles no son afectos a ellos. Lo casero es para ellos lo más agradable, lo demás no los incita. Yo guardo la opinión que los españoles que yo he conocido en Indias y especialmente los nacidos allí (que son llamados criollos en italiano *criolino*) comerán con el mayor placer más bien un lagarto (como por propia experiencia puedo atestiguar) y despreciarán por completo la volatería europea ante todo la algo mal oliente. En nuestros países es una comida agradable y sobre todo para personas de alta distinción lo que en las Indias es el único alimento de todos los bárbaros. En Europa una buena mano de oso en las mesas es un bocado de regalo; el indio devora entero al oso hormiguero si bien su carne necesita ser asada o hervida durante toda una noche de que yo mismo tengo la experiencia. Pero es de advertir que la caza de monte colorada y negra tiene en Indias una carne de color y sabor completamente diferente como en su lugar he de referir y por lo general se come asada por los indios. La preparación española de comidas es mala y en las más de las veces tienen la costumbre de no usar otro condimento que la pimienta española que ellos llaman ají o según la lengua alemana «*Achí*» y en idioma ítalo *peferoni*. En el Paraguay [92] hay una clase diferente de esta pimienta que crece en las selvas y es comida por los avestruces con gusto. Crece en pequeños arbustos, sus hojas son completamente semejantes al corazoncillo; la fruta consiste en chauchas alargadas iguales a un haba blanca o más bien iguales a una chaucha de café y tiene un idéntico color rojo pero es de una fuerza aún mayor para picar que el *peferoni*. Este polvo molido rojo debe estar siempre sobre la mesa [una cantidad] de trecho en trecho para que cada uno pueda poner a su antojo suficiente pimienta en las comidas y la sopa. Algunos españoles son tan afectos a esta pimienta que vierten en su escudilla más de una media cucharada sopera, aunque por esto la boca les arda luego como fuego.

Nosotros los alemanes no sabíamos qué nos pasaba; picoteamos poco las comidas, lo que notaron los españoles, pero esto fue pronto remediado porque más adelante las comidas fueron

preparadas sin esta pimienta; sin embargo los españoles pudieron usar en la mesa a su antojo su porción de *peferoni*. Esta pimienta es llamada *Cumbari* por los indios guaraníes.

Durante ocho días enteros estuvieron a la hora de mesa en la antesala del comedor los músicos de la iglesia con violines, violones y arpas que durante todo el tiempo de la mesa hicieron música. Después de haber sido servido el último plato debieron entrar los músicos al comedor en cuyo centro se efectuaban danzas, alocuciones y bienvenidas a los nuevos misioneros. Tanto los músicos como los bailarines eran moros negros y esclavos del Colegio; hacían tanto buena música como también elegantes danzas. Diariamente vimos durante la mesa bailes nuevos y tuvimos un agradable entretenimiento. Después de estos ocho días de hospedaje fuimos invitados a la mesa por el señor Gobernador como lo hizo también el Padre Superior de la residencia y nos trató magníficamente.

En el tiempo en que nosotros permanecemos en Buenos Aires llegamos a ver frecuentes veces a indios salvajes que habían venido con un misionero de la reducción de la inmaculada concepción establecida hacía sólo nueve años. Ellos acompañaron a un cacique de su nación completamente ciego quien por su lenguaraz solicitaba del Gobernador que le entregara los doce indios de su nación que éste había cautivado en una escaramuza entre ellos y los españoles y los mantenía en prisión en la fortaleza. El gobernador no se hizo rogar por mucho tiempo y dio la libertad a todos los doce. El cacique, junto con sus compañeros y los doce indios libertados, se alojaron con mujeres e hijos en el patio del Colegio bajo unos altos olivos; ellos fueron provistos también de comida por el Colegio. El segundo día llegó un indio ebrio al Colegio, tuvo una discusión con su mujer que había venido con el cacique ciego a buscarlo; tomó de pronto su cuchillo y pegó a ella un hondo tajo en el brazo y la hubiera apuñaleado sin duda si otros no hubieren acudido a socorrerla y hubieren contenido al airado indio. El cacique tenía el nombre Juan Bravo, si bien era ciego sabía asimismo conducir bien sus salvajes indios contra los españoles y era bien temido tanto por los suyos como por [93] los españoles. Los indios eran de los serranos por quienes la ciudad de Buenos Aires es combatida las más de las veces y recibe un gran daño en el ganado y también en gentes. Es una nación muy grande que se extiende hasta la sierra chilena y por esto son llamados serranos porque viven en esta sierra. Ellos viven reunidos con los indios pampas, puelches y también con los aucaes pero los pampas viven en una tierra completamente llana y desnuda donde no se ve ni se hallará arbolito alguno por lo cual son llamados pampas a causa de la tierra llana en la que viven porque pampa quiere decir en lengua española una tierra llana y vacía de todo bosque. La constitución de estos indios era: persona alta, ojos negros y largos cabellos negros, [estaban] completamente desnudos, pero llevaban en su derredor una manta de pieles que los cubría hasta las rodillas. Las pieles eran de un animal silvestre que los españoles llaman *juanacos* o conforme a nuestra pronunciación *chuanacos* [*juanacos*]. Estos animales viven en las sierras y las cuevas rocosas; están formados como un pequeño camello, de largo pescuezo y levantado en el lomo; la piel es muy velluda con blandos y suaves pelos bajo los cuales crece una lana muy caliente; tras haberse caído los pelos superiores produce un calor aún mayor. Por esto los indios no esperan que hayan caído estos pelos sino que ellos mismos los arrancan desde un principio. Esta manta peluda está pintada por afuera

con diversas figuras rojas lo que los indios estiman un adorno. La carne de estos animales monteses es su comida; ellos viven a más de ésta y en su mayor parte también de la carne de caballos. El color del cuerpo y de la cara de estos indios es igual a la que se ve en los gitanos. Los indios que eran los hombres de la escolta del *cacique* Juan Bravo no tenían mantas velludas sino que estaban ceñidos con una pequeña alfombra tejida que colgaba hasta las rodillas; otra mayor cubría su cuerpo superior [y] tenía en el centro una abertura por donde ellos metían la cabeza y dejaban colgar la alfombra hacia abajo por sobre el cuerpo. Cada uno llevaba pendiente al costado un sable y sus boleadoras en derredor del cuerpo. El cacique con sus compañeros nos visitó a nosotros los nuevos misioneros frecuentes veces. Tomamos nuestros instrumentos musicales y lo deleitamos con nuestra música, que le era muy agradable. Él tenía también mucha gana de llevar consigo a uno o dos de nosotros lo que pidió mucho al Padre Provincial pero como aún no habíamos rendido el *terciarato* y por ello debíamos de partir hacia Córdoba en Tucumán, el Padre Provincial le prometió enviarle uno después de haber pasado un año. Con estas promesas satisfizo al cacique. Éste deploraba muchas veces ser ciego y no poder vernos. Entre ellos había un indio de dieciocho años, hermoso de cara, admirablemente alto de persona, muy alegre, de fuertes y bien formadas extremidades; se le podía contemplar con placer. Éste demostraba un especial afecto cuando nos visitaba. Yo hubiera ido alegremente hacia ellos en seguida si hubiera obtenido el permiso por el Padre Provincial y desde entonces mi único deseo y anhelo era que yo fuera enviado a los indios pampas. [94]

El distintivo del cacique eran sólo unas plumas de avestruz pintadas de rojo de un jeme de largo que tenía puestas en la orilla del sombrero; en lo demás no se distinguía en nada de los otros.

Nosotros permanecemos en esta ciudad de Buenos Aires desde el comienzo de enero hasta el 19 día de abril. Como hemos permanecido pues durante estos ulteriores tres meses en esta ciudad quiero dar un pequeño relato de ella.

Buenos Aires es en todo el territorio del Paraguay la más grande y más notable ciudad, mayor que Praga en Bohemia, pero no tan magnífica aunque más ordenada pues las calles son rectas como a cordel de modo que desde la plaza puede mirarse hasta la campaña y desde esta hasta la plaza sin obstáculo. Los huertos que son cultivados al lado de la ciudad están cercados a ambos lados de la calle no por cercos o paredes sino por vegetales indios que son llamados cardones en modo espeso y en orden parejo de manera que ni la gente ni el ganado pueden penetrar por entre ellos al huerto. En Alemania he visto tales vegetales en invernáculos principescos y reales, pero no del tamaño como crecen en Las Indias en la campaña y los bosques. Allí se encuentran especialmente dos clases diferentes de cardones; una consiste en una gruesa vara larga de la que brotan en derecha hacia arriba unas varitas más delgadas. Cada varita tendrá una vara y media o también dos varas de alto. Las varas no son redondas, sino que tienen seis y también ocho cantos al modo de una pasta que en Alemania se llama *Spritzkuchen* [quesadilla o churros] tienen espinas rojizas de un jeme de largo de que cinco o seis nacen de una coronilla. En estos [huertos] hay pequeñas construcciones, pero en figura y modo de palacetes

levantados por albañilería que están rodeados por muros en que hay en su derredor unas pequeñas aberturas cuadradas en que anidan las palomas. En estos huertos se encuentran también murallitas cuadradas en construcción baja que cubiertas arriba por un tejido de alambre sirven para vivienda a los conejos a que [los españoles] son más afectos que a las liebres y que se sirven generalmente en las comidas. Ninguna de las calles de la ciudad está pavimentada de piedra; el piso es de pura arena; despaseado al fin de la ciudad y lleno de pozos que la lluvia ha excavado pero las calles son anchas. Las habitaciones están bien adornadas en el interior y espaciosas, se hallan pocas ventanas de vidrio o ninguna; todas están abiertas durante el día, pero a la noche se cierran mediante postigos de madera.

Por lo común sus casas son de un piso y muy pocas de dos, la mayoría de los ladrillos, de un buen aspecto exterior, pero en el interior tienen por lo común un patio limpio y aseado que está cerrado por una o dos partes de la casa. Los techos tienen tejas chatas o están provistos arriba con una azotea para que en el verano se pueda tomar con la mayor comodidad el aire fresco arriba sobre la casa. La ciudad posee una plaza mucho mayor de las que vi en Viena; ella se halla *in cuadro*. El costado que mira hacia el río de la Plata tiene altas recovas. En el centro se halla con una alta [95] torre el cabildo cubierto de latón blanco; al lado izquierdo está la residencia obispaal a cuyo lado se encuentra la iglesia catedral con dos torres que tienen unas puntas en ladrillos. Frente al cabildo está el fuerte al que se entra desde la plaza, rodeado por trincheras también frente a la plaza y hay plantadas seis piezas [de artillería] contra la plaza y el cabildo. Todo el fuerte está provisto en su derredor con piezas metálicas [de artillería] tanto en el frente como a espaldas y ambos lados. En este fuerte está la residencia del gobernador, que él debe habitar; tiene ahí adentro su cuerpo de guardia de 30 hombres de a pie y 16 hombres de a caballo. La *montura* [uniforme] de la infantería era entonces de azul de Francia con vueltas y camisolas de color citrón [limón]; la *montura* [uniforme] de los dragones era amarilla con vueltas y camisolas de [color] azul de Francia; las hombreras tejidas de plata. En toda ocasión en que el Gobernador salía [en coche], a paseo o a algún otro acto le acompañaban cuatro dragones delante y cuatro dragones atrás los que todos se sentaban a caballo con la *espada* desnuda.

A la par del Gobernador hay en esta ciudad un obispo que tiene —a decirlo— una buena consideración, pero hace una mala *parada* [representación].

Toda su corte consiste en un sirviente negro, un cochero y dos familiares que generalmente tienen solo la primera ordenación. Los españoles los llaman monigotes al igual como a los demás recién ordenados. Yo los llamaba *Spadi fanxerle*; así me los figuraba. El obispo daba la librea en azul con vueltas rojas y hombreras de igual color. Varias veces he tenido el honor de hablar con el obispo y contemplar su vestidura. No vi otra cosa que un hábito de color rojo violeta de mal género, un *roquete* con un mantelete rojo violeta como suelen aparecer [con él] los señores *canonici* canónigos en el coro; el sombrero del cual pendían a ambos lados dos gruesos cordones tejidos en seda verde y en sus puntas dos borlas igualmente de seda estaba cubierto por *tafetán* verde. Su sirviente era un negrito y los familiares le acompañaban tal vez solo cuando ellos querían. Cuando salía en coche, dos mulares tiraban de éste; fuera de ello yo no vi mucha gala en él sino más edificación. Yo estuve presente cuando en la ciudad de Santa Fe fueron ordenados

dos obispos a saber el obispo Manuel de Abad e Illana, un premonstratense según su orden que fue nombrado obispo en Tucumán en la ciudad de Córdoba; y el obispo Juan Salguero, un religioso secular y canónigo de Córdoba, nombrado obispo en Arequipa a quienes el obispo de Buenos Aires consagró allí con asistencia de dos canónigos de Córdoba. Yo tuve que acompañar allí con mis indios músicos las ceremonias y la consagración. Estuve presente también cuando el señor obispo de Buenos Aires comunicó en dicha ciudad el santo sacramento de la confirmación para la cual yo acompañé también a 43 de mis indios. Raras veces sucede que un obispo fuera tan arrojado de meterse en tales peligros y regiones desérticas por cuyo motivo nosotros los misioneros teníamos el privilegio de dar a los indios moribundos el santo sacramento de la confirmación, pero el superior de todas las misiones también, fuera de un caso de muerte. En esta confirmación a que asistí, vi predicar siempre al obispo antes [96] de la confirmación desde el púlpito en vestimenta pontifical y explicar al pueblo todas las circunstancias de este santo sacramento. Este edificante desempeño del cargo de pastor espiritual de apacentar las ovejitas con el verbo de Dios y con el buen ejemplo, lo he visto en dos obispos que —como se notó— evidentemente hicieron ante todo en los tiempos de nuestra partida de Las Indias el oficio de buenos pastores de sus ovejitas, aunque no eran grandes amigos de la Compañía y he sabido por muchos, que los obispos suelen dar tales edificantes enseñanzas a sus ovejitas especialmente en semejantes circunstancias salvo que su edad o su estado achacoso no permitan que ellos puedan viajar por tantos cientos de leguas. Basta aquí [de hablar] del Gobernador y del obispo en Buenos Aires.

Sigamos contemplando la ciudad en que hay diez iglesias bien edificadas, ante todo [las] de los jesuitas y franciscanos bien dotadas de cúpulas. Estas iglesias y cúpulas están provistas con muchas ventanas y tienen una buena luz aunque en las iglesias españolas de los pueblos y pequeñas villas como yo he dicho la luz penetra sólo por la puerta abierta. A más de la iglesia de la catedral hay una parroquia, San Nicolás. En cuanto a religiosos de convento se cuenta con dominicos, franciscanos, de la Merced, San Pedro Nolasco, de Redención, los recoletos de San Pedro de Alcántara, Barbadinos o Betlemitas que al igual de los hermanos misericordiosos atienden a los enfermos y los tienen con ellos en el convento. Su hábito es pardo; tienen un capote pardo hasta las pantorrillas; además del capuz llevan un sombrero cubierto con *bofeta* negra; viven de la limosna. Sobre el lado izquierdo de los capotes llevan una lata oval en que está pintado el nacimiento de *Jesu Christi* y ellos son llamados betlemitas pero como llevan largas barbas se les llama también barbadinos. Todos son hermanos legos y tienen como padre espiritual un sacerdote seglar. Lo mismo que en otras órdenes hay instituidos *definitores* o *consultores* de orden eclesiástico, tienen ellos en el convento también cinco de esos que llaman prudentes o sea razonables y entendidos. A más de éstos hay dos conventos de las vírgenes espirituales capuchinas y otras que ellos llaman de la enseñanza las que enseñan a las niñas. Hay también un Colegio edificado con dos pisos, tiene en el centro un jardín al cual cierra por tres partes el Colegio, pero por la cuarta parte, la iglesia. Este Colegio tiene al otro lado un patio al que dan sombra unos grandes olivos bajo los cuales los susodichos indios tenían su campamento. A más de este Colegio los jesuitas tenían una residencia que se hallaba ocupada por seis personas y

fue llamada la residencia de Belén; esta residencia fue cambiada en Colegio el tiempo en que yo estuve en el Paraguay. De inmediato, contra la residencia, ha sido edificada una casa de tres alas con una linda rotonda que constituye la iglesia, a la manera de la que, en Praga, en *Hradschin* está en seguida de la casa condal de *Czerni*, pero la capilla no es tan amplia como aquella de Buenos Aires. Esta casa que asemeja a un pequeño colegio está provista de un piso con cuartos en fila y orden debidos. El objeto y fin de esta casa era para que todos los años cuantas veces se anunciaran algunas personas para hacer los ejercicios del santo Padre Ignacio tuvieren así, adentro, la mejor oportunidad de probarse por estos [97] ejercicios religiosos a cuyo fin podían tener el alojamiento y la manutención sin tener que pagarlo; por esta causa fue nombrado también un sacerdote de la Compañía de Jesús que no tenía que desempeñar otro cargo que explicar estos santos ejercicios a quienes lo solicitaran. El fundador y donante de este edificio fue un rico español, morador de esta ciudad que lo edificó a su costo y proporcionó todo lo necesario para ello. El Río de la Plata pasa muy cerca de la ciudad y a sesenta leguas de distancia de la ciudad se vuelca al mediodía [sur] al mar. Si bien la ciudad es el único puerto marítimo del Paraguay los grandes buques no pueden atracar a tierra cerca de la ciudad por la poquedad del agua. Por esto los grandes buques mercantes deben anclar distantes de la ciudad a dos buenas leguas, pero las cargas son poco a poco retiradas del buque por pequeñas barcas y transportadas a la ciudad, lo mismo cuando el barco se carga otra vez. La segunda causa de que el buque no puede tocar de más cerca la costa se halla [en] la entrada y subida del mar que ocurren diariamente como también en otros puertos marítimos, y los buques quedarían parados en lo seco, pues cuando el río entra al mar se puede entrar al río bien por un cuarto de legua, sin peligro de vadear el agua.

En el tiempo en que yo en año 1749 arribé a Buenos Aires se veía anclado frente a la ciudad un único buque. Tenía el nombre *La Luz* y hacía ya cuatro años que esperaba la carga. Entonces supe también que en muy raras veces llegaba un buque desde España a este puerto de donde cualquiera puede deducir que el comercio desde España a Paraguay no progresa mucho y que en Paraguay ha de encontrarse poco que pueda dar una utilidad a los comerciantes españoles. Y hasta ahora no hay mucho que aprovechar; lo más son los cueros del ganado de asta pero de éstos reciben poco los españoles porque raras veces tocan allí. Los buques en su mayor parte tocan en Montevideo que tiene un buen puerto marítimo y dista ochenta leguas de Buenos Aires hacia el mar. Si bien la ciudad es chica tiene asimismo un fuerte más grande y mejor que Buenos Aires. La mayor parte de los cueros los acaparan los portugueses y los llevan a Portugal. Aunque está severamente prohibido llevar algo a los portugueses ocurren asimismo diariamente innumerables contrabandos, a pesar de que tres pequeños buques livianos [ligeros] que son denominados corsarios recorren el río aguas arriba y abajo; cada uno lleva seis cañones pequeños junto con diez o doce soldados regulares que en estos buques persiguen las lanchas, botes y tartanas portuguesas, les quitan el contrabando y queman sus embarcaciones.

Pero en estos últimos años ya se ha visto a este puerto más rico en barcos y donde antes abordaba un buque en dos o tres años puede encontrarse en este tiempo en un año a uno o dos

buques. También han sido establecidos paquebotes que son despachados desde España a Buenos Aires todos los meses al decimosexto día con actas, disposiciones y otros escritos y diarios de Europa.

En este puerto marítimo, cuando el río estaba crecido, vi una pesca admirable que se efectúa con dos caballos. Sobre cada caballo está parado un hombre sobre el recado en esta posición ambos cabalgan al río hasta que el agua sobrepasa el recado; extienden [98] sus redes y uno y otro comienzan a tirar la red hacia la orilla. ¡Quién no creería que el peso de la red bajaría a ambos del recado! Si bien yo no he visto esto de cerca sino de lejos, pienso que sus recados están arreglados de modo que ellos puedan colocar bien sus pies y afirmarlos. Cuando ellos pescan con anzuelo el caballo está parado en el agua tan profunda que apenas puede verse la cabeza.

El clima allí es sano, pero muchas veces se experimentan tales ventarrones llamados por los españoles huracanes, que uno cree que todo es volteado. Estos huracanes se levantan generalmente entre mediodía [sur] y el anochecer o sea al sudoeste, se les llama también pampero porque sopla desde la tierra llana donde viven los indios pampas.

En invierno y verano las tormentas son tan comunes y fuertes que uno cree que la ciudad estuviera de continuo bajo el fuego [de los rayos]. Las crepitaciones [son] tan estrepitosas y tan seguidas una tras otra, que en mi vida he pasado por semejantes tormentas en Alemania. Así lo he experimentado más tarde por todo el país. No se oye que un trueno hubiera originado allí un incendio, tal vez porque en las casas se encuentra poca madera salvo el armazón. Pero debo manifestar que el trueno [rayo] ha descargado también en chozas de paja en mi reducción y no ha incendiado nada. Como luego estos rayos tronantes indican que por casualidad no encienden, demuestran asimismo su fuerza en el ganado y en las gentes, de que mucha cantidad es muerta durante el año en todas las regiones. Me ha llamado la atención que los españoles tocan las campanas con tanta parsimonia contra las tormentas. Yo sólo recuerdo que frecuentemente en Córdoba, una ciudad de la provincia de Tucumán se han tocado las campanas en tiempos de tormenta.

He extrañado mucho la manera de tocar las campanas en España y Las Indias. Ella difiere por completo del tañer las campanas en nuestros países donde las campanas son tiradas del cordel todas juntas y tocadas.

Pero en Indias se usa de otro modo; cuando se toca con una campana mayor, la máquina está arreglada de propósito de manera que, si bien se tira la campana, se la echa en cambio por sobre sí de modo que ella también da dos vueltas en derredor, pero con un nuevo tirón da otras dos vueltas hacia atrás. a las campanas de cuarenta y aún más *Cent* [quintales] las doblan hacia arriba en forma tal que la boca de la campana que en otros momentos pende hacia abajo queda parada hacia arriba por tiempo de un padrenuestro; después se la deja caer de modo que ella con pleno impulso gira dos veces sobre sí misma y de nuevo queda parada así hacia arriba. Muchas veces he contemplado con horror este toque de campanas y pude verlo muy fácilmente desde la calle porque las campanas no cuelgan adentro en la torre sino afuera en los ventanales y aberturas. Yo no serviría para campanero sin el temor de que la campana [99] cayera de pronto

sobre mí. En vista de este modo de tañer yo pensaba y temía que la campana se lanzara por entre el ventanal de la torre y cayera hacia afuera sobre las casas o a la calle. Pero —como yo he oído— hay seguridad y sería un extraño destino que las campanas originaran semejante cosa. Cuando se toca con todas las campanas en conjunto, no son tiradas entonces, sino que ellos toman el badajo o como se le llama el corazón y tañen en forma que presenten al oído una pieza ordenada al igual como si fuera una música. [100]

Thomas Falkner (1774). Descripción de la Patagonia (selección)²¹⁰

No es mi propósito describir el reino de Chile por cuanto ya lo ha hecho el padre Ovalle; por lo tanto, me limitaré a aquello que yo mismo he visto y que es menos conocido en Europa.

El perfil de la costa en mi mapa se funda en el de *D'Anville* de la América del Sur, mejorado por *Bolton*; el de las islas Malvinas responde a los últimos descubrimientos; y el del estrecho de Magallanes se ha levantado sobre el de *Bernetti*, capellán que fue de la armada de *Bougainville*.

Algunas modificaciones he introducido en la costa oriental, que visité en el año de 1746, como también en la región del cabo de San Antonio, donde estuve viviendo algunos años. En la descripción que hago del interior, por lo general, me he ajustado a las propias observaciones, porque lo he recorrido en gran parte, estableciendo así la ubicación de los lugares, las distancias que los separan, y los ríos, las montañas y las selvas que contienen. Donde no me ha sido dable penetrar me he valido de las relaciones de los indios naturales y de cautivos españoles que habían vivido años entre ellos y posteriormente habían sido rescatados. Entre los tantos que me sirvieron de informantes estaba el hijo del Capitán Mansilla, de Buenos Aires, quien vivió prisionero seis años entre los *Tehuelhets*, y que había recorrido la mayor parte de la región de aquellos indios; y también el gran cacique *Cangapol*, que [51] vivía en *Huichin*, sobre las márgenes del río Negro. He tratado de dibujar su retrato por lo que me acuerdo de él. Su persona y su traje están representados en el mapa, como también los de su mujer *Huenec*. Este caudillo, llamado el cacique Bravo por los españoles, era alto y bien proporcionado. Debió medir unos siete pies y pulgadas de alto, porque parado yo en puntas de pie no podía alcanzar la corona de la cabeza. Lo traté mucho e íntimamente e hice algunos viajes con él. No me acuerdo haber visto indios alguno que aventajase a *Cangapol* en más de una o dos pulgadas, y *Sausimian*, su hermano, no pasaba de los seis pies de alto. Los Patagones o Puelches son gente corpulenta; más nunca tuve noticias de esa nación de gigantes tan mentada por otros, y esto que he visto individuos de todas las tribus de los indios australes.

²¹⁰ La selección corresponde a la Introducción, y al Capítulo 2, intitulado "Descripción del país de los indios". Corresponde a las páginas 51-52; 69-87, de la edición de 2008, realizada por Analía Castro.

Según mis propias observaciones, y las informaciones que me han proporcionado otras personas, me veo obligado a darle al país más extensión de este a oeste que la que se le asigna en el mapa de *D'Anville*; porque no me es posible conciliar lo que en él consta con las relaciones de los indios, ni con lo que yo mismo pude observar en cuanto a las distancias entre los lugares. En tierra misma de españoles, me parece que se incurre en error, visto que se cuentan entre Córdoba y Santa Fe cuarenta leguas menos que las que hay en realidad. El camino cruza un llano sin interrupción, sin un solo montículo que se diga entre ambas ciudades; y no obstante esto, no hay postillón que se anime a andarlo en menos de cuatro o cinco días, con ser que los postillones en aquella tierra se andan sus veinte leguas y más diarias.

No me parece que persona competente haya jamás observado la longitud de estos lugares, de suerte que pueda uno fundarse en ella para fijar los respectivos meridianos de los diferentes puntos del hemisferio austral. Los errores de los geógrafos, al presentar esta tierra como más estrecha que lo que es en realidad, pueden atribuirse a la dificultad de hacer observaciones exactas al circunnavegar el cabo de Hornos, debido a la velocidad y variedad de las corrientes: véase la relación detallada de todo esto en la traducción inglesa de Relación histórica del viaje a la América meridional, de Antonio Ulloa, tomo 2, capítulo 2. [52]

[...] La gente de estos países no es gran cosa como soldados, y tan descontentos se hallan con el gobierno español, el mal estado de los negocios, la carestía de todo lo que son mercaderías de ultramar, lo que es peor, los impuestos exorbitantes, etcétera, que de buen grado se verían súbditos de cualquier otra nación que los libertara de la opresión en que se hallan sumidos. Y, todo esto, no obstante, el país entero está sin más defensa que un poco tropa veterana en Buenos Aires y Montevideo, y bastaría tomar estas dos plazas para que todo el país se sometiera con solo hacer un paseo militar por él, porque los criollos se unirían con el enemigo, cualquiera que fuese.

La pérdida de estas dos plazas despojaría a España de los dos únicos puertos que posee en estos mares para socorrer a las embarcaciones que han de pasar por el cabo de Hornos al mar del Sur. Antes de la expulsión de los jesuitas de las misiones del Paraguay, podían haber sido auxiliados eficazmente por los indios Guaraníes, armados y bien disciplinados como estaban, y que habían ayudado a vencer a los insurgentes rebelados del Paraguay y a expulsar a los portugueses de la Colonia del Sacramento, y así constituirse la defensa más poderosa con que contaba este tan importante país. [72]

[...] En persona, descubrí la coraza de un animal que constaba de unos huesecillos hexágonos, cada uno de ellos del diámetro de una pulgada cuando menos, y la concha entera tenía más de tres yardas de una punta a la otra. En todo sentido, no siendo por su tamaño, parecía como si fuese la parte superior de la armadura de un armadillo, que en la actualidad no mide muchos más que un jeme de largo. Algunos de mis compañeros también hallaron en las inmediaciones del río Paraná el esqueleto entero de un yacaré monstruoso, algunas de sus vértebras las alcancé a ver y cada una de sus articulaciones era de casi cuatro pulgadas de grueso y como de seis de ancho. Al hacer examen anatómico de los huesos me convenció, casi fuera de toda duda, que este crecimiento inusitado no procedía de la acreción de materias extrañas porque encontré que las fibras óseas aumentaban en tamaño en la misma proporción de los huesos. Las bases

de los dientes estaban enteras, aunque las raíces habían desaparecido y se parecían en un todo a las bases de la dentadura humana, y no de otro animal cualquiera que jamás haya visto. Estas cosas son bien sabidas y conocidas por todos los que viven en estos países, de lo contrario no me hubiese atrevido a mencionarlas.

El río Paraná tiene la propiedad extraordinaria de convertir varias sustancias en piedra de la más dura. Cuando se lo descubrió, era navegable en barcos de poco calado hasta la ciudad de Asunción, pero desde entonces el acarreo de limo ha sido tan considerable que aun los buques de tamaño menor no pueden subir aguas arriba de Buenos Aires; los navíos de calado mayor y los navíos de guerra se ven obligados a descargar en Montevideo. Se necesita tener buenos prácticos en este río, para salvarse de embicar en uno de los dos bancos, el banco inglés y el banco Ortiz; no tiene tres brazadas con fondo duro de piedra. [77]

[...] Los puertos para embarcaciones que hay en este río son: Buenos Aires, la Colonia del Sacramento, la bahía de Barragán, la ensenada de Montevideo y el puerto de Maldonado. Hay muchos otros, como para naves menores, principalmente en las bocas de varios ríos que desaguan en él.

Buenos Aires (si hemos de hablar la verdad) no tiene puerto, y solo un río abierto, expuesto a todos los vientos, y tanto más es así, desde que la poca agua en la costa obliga a las embarcaciones a fondear a tres leguas de la tierra. Los vientos en este lugar, sobre todo si corren del sur, son muy violentos, y las naves se ven obligadas a proveerse de fuertes cables y anclas para tal surgidero.

El Puerto de la Colonia del Sacramento le lleva alguna ventaja, por el amparo que le proporciona la isla de San Gabriel y la tierra que es más elevada, como también porque las naves pueden acercarse más a la costa. No obstante todo esto, es demasiado abierto y expuesto a los vientos, y no faltan peñascos y bajíos, y para poder entrar con seguridad hay que valerse de un práctico. [84]

[...] La bahía de Barragán que se halla a doce leguas al sudeste de Buenos Aires, también es anchurosa y muy abierta, y la tierra que la rodea es muy baja, mientras que los navíos de mayor calado solo pueden llegar a unas tres leguas de la costa. La única protección con que cuentan (si tal nombre les corresponde) son unos bancos sumergidos que rompen la fuerza de la marejada, pero que a la vez sirven de estorbo serio para la entrada y salida; en los grandes temporales no impiden que las naves corten las amarras y naufraguen sobre ellos.

Montevideo es el mejor, y para el caso el único buen puerto de este río. Parece que los españoles se han hecho cargo de la importancia de este lugar por el mucho empeño que han manifestado en fortificarlo, pues es plaza mucho más fuerte que la de Buenos Aires. La entrada a este puerto es angosta y pasa por un estrecho entre dos puntas de la tierra. Hacia la parte del oeste se levanta un cerro que se divisa desde doce leguas, y aun desde dieciséis, y es el que da nombre a este lugar.

Las proximidades del cabo del oeste son peligrosas en razón de los peñascos que cubren las aguas, pero la entrada por el lado del este es más honda y más segura. Más allá de la punta del oeste, hay una batería cuadrada levantada en la misma orilla del agua, cuando la vi era solo de

pedra y barro, pero después, según creo, la han vuelto a rehacer de cal. La bahía desde la entrada tiene una legua y media de fondo y es casi redonda, dentro de ella, hacia la parte del este, está un islote lleno de conejos al que los españoles dan el nombre de la isla de los conejos. La tierra que rodea al puerto es tan elevada que no hay tormenta que no lo afecte (y eso que son formidables las que corren por este río), pues el agua se conserva siempre calma como un charco, y hay agua como para naves de superior calado. Vi una [85] de estas aquí que antes perteneció a los Estados de Holanda (y que a la sazón era propiedad del Marqués de Casa Madrid), había tomado puerto para descargar. El fondo es fango puro.

Atrás de la batería se halla la pequeña ciudad de Montevideo que ocupa toda esa parte del promontorio que forma la punta oriental de la bahía. Las fortificaciones siguen al norte y son un trabajo ajustado a las reglas modernas de la arquitectura militar, a saber, una línea tirada de mar a mar, desde el fondo de la ensenada hasta dar con el río principal, encerrando así todo el promontorio, un cubo o baluarte en el medio que da frente al campo y está bien provisto de artillería, y un castillo bastante fuerte con cuartel para los soldados, todo de bóveda. Hacia la ciudad sólo se extiende la muralla con zanja a uno y otro lado. Este lugar tiene a su gobernador y una guarnición de cuatrocientos a quinientos hombres, gente veterana.

El otro costado de la bahía carece en absoluto de toda fortificación, y sobre el alto cerro no se ha levantado ni siquiera una triste atalaya, no obstante que ese cerro ocupado por un enemigo podría molestar, y mucho, a la batería, a la ciudad y a la guarnición por causa de su mucha altura a pesar de que median unas cuatro o cinco millas entre unas y otras.

El último puerto es el de Maldonado. Es una ensenada abierta del lado norte de la entrada al Plata, protegido del viento sudeste por una pequeña isla que lleva el mismo nombre. Los españoles tienen aquí una pequeña fortaleza guardada por un destacamento de soldados. Es cuanto conozco de este puerto que jamás he visitado.

La banda septentrional del Río de la Plata es tierra muy accidentada con cerrillas bastante altas, y hasta cordones de montañas; la riegan muchos ríos y arroyos, de los que algunos son muy considerables. Los más grandes de estos son: el Santa Lucía, el Uruguay y el río Negro, que desagua en el Uruguay como a diez leguas de su desembocadura. Es país muy fértil, produce toda clase de cereales, si se cultiva como es debido abundan en él muchas clases de excelentes maderas. Todos los ríos y arroyos son de [86] agua dulce. Allí están pobladas estancias de españoles, pero el interior, al norte de Montevideo, se halla en poder de los infieles *minuanes*.

Los *Charonas* y *Garones* son dos naciones que en otro tiempo fueron muy numerosas pero que han sido completamente destruidas por los españoles. En este territorio hubo antiguamente una cantidad inmensa de ganado manso y alzado, y aquí aumentan más que en la banda austral del Río de la Plata. Aún hoy hay grandes majadas de ovejas y rodeos de ganado vacuno, muy poco caballar. Cerca de Montevideo se halla mucha cantidad de contrahierba, y podrían darse allí todos los productos de Europa.

El territorio español tiene por límite hacia la parte del norte el río Grande que lo separa de las poblaciones portuguesas en el Brasil. [87]

Referencias

- Durán López, F. (2002). “La autobiografía como fuente histórica: problemas teóricos y metodológicos”. *Memoria y Civilización*, 5, 153-187. Recuperado de: <https://revistas.unav.edu/index.php/myc/article/view/33806>
- Falkner, T. (1774 [2008]). *Descripción de la Patagonia. Geografía, recursos, costumbres y lengua de sus moradores (1730-1767)*, editado y anotado por Analía Castro. Buenos Aires: Continente.
- Furlong, G. (1920). *De cirujano hereje a misionero jesuita. Thomas Falkner, S.J., 1707-1784*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Furlong, G. (1936). *Cartografía Jesuítica del Río de la Plata*, Tomo II. Buenos Aires: Peuser.
- González Mezquita, Ma. L. (2015). “La Paz de Utrecht y su impacto en el mundo atlántico. Una aproximación a partir del caso del Río de la Plata”. *Anuario de Estudios Americanos*, 72(1), 97-124. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5094035>
- Justo, S. (2015). “Revisitando la Descripción de la Patagonia del padre Thomas Falkner. Modelos retóricos y escritura jesuita”. *Atek Na*, 5, 233-269. Recuperado de: <https://plarci.org/index.php/atekna/article/view/158>
- Maldavsky, A. (2012). *Vocaciones inciertas. Misión y misioneros en la provincia jesuita del Perú en los siglos XVI y XVII*. Madrid: CSIC.
- Morales, M. (2011). “La respiración de ausentes. Itinerario por la escritura jesuítica”. En G. Wilde (Ed.), *Saberes de la conversión. Jesuitas, indígenas e Imperios Coloniales en las fronteras de la cristiandad* (pp. 31-59). Buenos Aires: SB.
- Mörner, M. (1968). *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Paidós.
- O’Neill, C. y Domínguez, J. (Dir.) (2001). *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús. Biográfico-Temático*. Roma-Madrid: Institutum Historicum, S. I. – Universidad Pontificia de Comillas.
- Page, C. (2011). *Siete ángeles. Jesuitas en las reducciones y colegios de la antiguo provincia del Paraguay*. Buenos Aires: SB.
- Palomo, F. (2014). “Introducción. Clero y cultura en el mundo ibérico en la Edad Moderna”. En *La memoria del mundo: clero, erudición y cultura escrita en el mundo ibérico (siglos XVI-XVIII)* (pp. 11-26). Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Paucke, F. (2010 [1780]). *Hacia allá y para acá (Memorias)*. Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura.
- Perrone, N. (2016). “Un recorrido historiográfico sobre la Compañía de Jesús. La bibliografía jesuita y laica sobre las expulsiones, la supresión y la restauración de los jesuitas”. *Anuario IEHS*, 31(1), 149-172. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5536039>

- Rosso, C. y Cargnel, J. (2012). “Historiadores y etnógrafos: escrituras jesuíticas en el siglo XVIII. Los casos de Lozano y Paucke”. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 3, 62-77. Recuperado de: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/anuariohistoria/article/view/4599>
- Vassallo, N. (2018). “Las reducciones jesuíticas del sur del Imperio español: los conflictos fronterizos y la acción misional (1742-1753)”. *Revista Latinoamericana de Historia*, 8(20), 161-184. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6720928>
- Zanetti, S. (2013). “Las memorias de Florian Paucke: una crónica singular de las misiones jesuíticas del Gran Chaco argentino”. *América Sin Nombre*, 18, 178-189. Recuperado de: <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/35353>